

# El fin del comunismo y la izquierda europea

François Furet

Entrevista de Danubio Torres Fierro

**E**sta conversación, que abunda en algunos de los puntos tocados por el artículo de Furet que publicamos en este número, tuvo lugar en México, a principios de junio pasado, justo en la víspera de las últimas elecciones generales españolas. Tal circunstancia determinó —como podrá apreciarse— buena parte del rumbo de la charla.

**Danubio Torres Fierro:** ¿Qué piensa que sucederá en España?

**François Furet:** No conozco lo suficiente la situación española como para tener una opinión autorizada; pero allí el Partido Socialista Obrero es el último partido socialista en el poder. Y aparentemente saludable, en una Europa en la que la izquierda ofrece, en su conjunto, un espectáculo deprimente. Pensemos en el laborismo inglés, en la socialdemocracia alemana, y sobre todo en esos dos casos tan característicos que son el francés y el italiano, en los que sus izquierdas están en un estado extremadamente calamitoso. El vacío de la izquierda italiana es menos visible que el de la francesa ya que en Italia es todo el sistema político tradicional (democristianos y socialistas a la cabeza) el que está en crisis profunda desde la caída del muro de Berlín. El viejo partido comunista (ahora dividido entre el de "la refundación comunista" y el "partido de la izquierda democrática") ha sobrevivido electoralmente, pero lo ha hecho sobre una base negativa: era el menos corrupto de todos.

**D.T.:** ¿Cuáles son, según usted, las razones de esos fracasos?

**F.F.:** Me parece que el telón de fondo de este cuadro es el fin del comunismo soviético en la medida en que éste no afecta sólo al movimiento comunista sino que también golpea directamente a la entera tradición socialista. Por ejemplo, para ilustrar esta cuestión: ¿caso tanto la idea de que la clase obrera tiene un papel particular que desempeñar en la administración de los asuntos públicos de las sociedades democráticas, como la idea de la nacionalización de los medios de producción —es decir, la idea de la ruptura del capitalismo— no están definitivamente muertas hoy en día? Y aquí hay que señalar que hace todavía muy poco tiempo estas ideas formaban parte de una suerte de evidencia irrefutable para la izquierda europea. Conviene recordar, por caso, que Francia representa probablemente, y en la historia universal, el último país en el que apareció un programa político marxista como fue el de 1981: Mitterrand llegó al poder nada menos que con una bandera que sostenía la alianza aún posible de la revolución y el capitalismo. Todo esto está, insisto, muy cercano, y hace apenas una docena de años el conjunto de las ideas que guiaban a los partidos socialistas europeos no estaban tan desacreditadas como ahora. Es el fin del comunismo lo que desencadena y precipita su crisis. Tampoco deben olvidarse, en este sentido, los esfuerzos un poco patéticos que han hecho los socialistas europeos para intentar

resucitar la tradición comunista y, maquillándola, encontrarle una solución revisionista. El sueño de esa izquierda eran Kadar, Dübcek y Gorbachov y no Havel o Yeltsin.

**D.T.:** ¿Por qué?

**F.F.:** Porque aquellos hombres conservaban la ilusión de revitalizar ciertos elementos o componentes de la tradición socialista. Pero lo que sorprende en el fin del comunismo es su radicalismo, es la incapacidad de revivir al menos una parte de la vieja tradición, es su negatividad pura —lo que no ocurre, desde luego, con el legado del ideal liberal y democrático europeo tal como fue elaborado por la Inglaterra del siglo XVI y por Francia y los Estados Unidos en el XVIII. En esta medida —en la medida en que el comunismo se manifiesta impediendo de cualquier reforma democrática— el descrédito cae sobre la totalidad del patrimonio de la izquierda europea. Ahora bien y para regresar al principio de nuestra conversación, ¿por qué los socialistas españoles han salido aparentemente indemnes de esta maldición? Pienso que en parte esa inmunidad se debe al hecho de que mostraron abiertamente, y muy temprano, su vocación democrática y liberal, y en segunda instancia es probable que se hayan beneficiado de la sombra de Franco. No hay dudas, en todo caso, de que existen ciertas circunstancias que contribuyen a que los socialistas españoles tengan mejor suerte que los demás europeos y resistan más las consecuencias de la liquidación del comunismo soviético. Lo que —bien visto— no deja de ser injusto ya que, después de todo la socialdemocracia y el socialismo con frecuencia no se comportaron tan mal en relación con los soviéticos. Si, por ejemplo, se piensa en las actitudes de la primera mitad del siglo encontramos, entre la gente más lúcida frente a la experiencia soviética, a los socialdemócratas. Bloom, Kautsky, Russell... Pero, en contrapartida, hay que reconocer que esta lucidez nos impidió permitir que el bolchevismo funcionara como un rama del socialismo a lo largo de todo el siglo XX.

**D.T.:** ¿Votó usted por los socialistas?

**F.F.:** Sí, voté por los socialistas en 1981. Yo no esperaba gran cosa de los socialistas porque era hostil al programa común —al que encontraba absurdo— y porque intuía que no podrían gobernar demasiado tiempo en compañía de los comunistas. Lo que me llevó a votar por ellos fue pensar que merecían su turno y que en una gran democracia los socialistas debían tener su oportunidad. Reflexioné, también, acerca de que Mitterrand sabría hacerse independiente de los comunistas —en lo que acerté. Lo que no entreví fue la ausencia de preparación de los socialistas en el ejercicio del poder y por cuántos fracasos pasarían antes de administrar al país satisfactoriamente. Dicho esto, y si nos situamos en el ahora (doce años después de 1981), podemos argumentar que la gestión de los socialistas no fue tan mala como lo sostiene la derecha ni tan buena como ellos mismos creen.

D.T.: ¿Cuáles son las consideraciones positivas y cuáles las negativas?

F.F.: No fueron tan malos porque al cabo de dos primeros años de pésima conducción de la economía y las finanzas reorientaron su barco y comenzaron a navegar bien, con seriedad y rigor. Fueron ellos, por ejemplo, quienes desligaron la marcha de los salarios de la evolución de los precios, medida que la derecha nunca quiso practicar, y que les permitió bloquear la inflación y lograr un franco muy sólido ante el marco alemán —lo que constituye un imperativo central en la política francesa. Otro punto a su favor es que fueron muy buenos en el momento de la instalación de los misiles norteamericanos frente a los misiles soviéticos (fue Mitterrand quien dijo que los misiles estaban en el Este y los pacifistas en el Oeste, lo que en 1983 era una forma audaz de expresarse y cuya lucidez confirmarían los años siguientes). Por otro lado, en lo negativo, me parece que los socialistas realizaron una gestión del Estado muy de clan, como consecuencia de la personalidad política y moral de su presidente. Fue, en este sentido, como si un solo partido se posesionara del país. Por lo demás, en su camino, los socialistas perdieron su equipaje ideológico y jamás tuvieron la osadía de confesarlo; actuaron, en toda ocasión, como si continuaran siendo socialistas *as usual*. Esto explica hasta qué punto digirieron mal el fin del comunismo. Piense que la caída del muro de Berlín implicaba nada menos que la reunificación de Alemania, la modificación de los equilibrios internos europeos y una pérdida relativa de poder para Francia, cuestiones delicadísimas para un presidente y un gobierno francés, y que en todo ello Mitterrand no supo estar a la altura de las circunstancias: intentó resucitar la alianza franco-rusa y se resistió a la evidencia de que no había posibilidad de revitalizar la herencia comunista. Recuerde, en este sentido, su viaje a Berlín del este en 1989, cuya intención era reinsuflar un poco de energía a una suerte de revisionismo comunista en la Alemania del este, y después la suerte de contrasiguro que selló con Gorbachov, en la que había una subestimación del terremoto que se avecinaba. Estas actitudes tuvieron como consecuencia que Francia perdiera mucho de su crédito entre las poblaciones del este europeo, y esto es lamentable porque al menos yo no deseo que el único modelo de renovación para las nuevas democracias europeas sea el de las ciencias políticas norteamericanas.

D.T.: ¿Qué herencia dejan los socialistas en el plano cultural y en el intelectual?

F.F.: Contrariamente a lo que podía preverse, en el campo cultural su contribución fue pobrísima. Basta citar los festejos del bicentenario de la Revolución para comprobarlo: tuvo un estilo arcaico, estimuló el triunfalismo francés y, lo peor de todo, no permitió echar una mirada crítica a la aventura revolucionaria. Tengo que insistir: no supieron administrar la transición de las ideas ni la de su patrimonio ideológico y moral porque ninguno entre ellos intentó repensar lo que significa la tradición socialista en los finales del siglo XX y, por ende, el papel que le corresponde allí al Estado Benefactor. Hicieron también "tabla rasa" moral porque, a fuerza de considerar que su posesión del Estado era legítima y que, a diferencia de la derecha, eran los dueños del Estado en nombre del pueblo, degeneraron en una práctica política abusiva y en una pérdida de credibilidad moral entre la opinión pública. La administración socialista francesa estuvo —como la española— acompañada

de muchas facilidades financieras que no debieron darse...

D.T.: Por fin, ¿cómo ve el caso yugoeslavo en el contexto europeo actual?

F.F.: Soy, como todo el mundo, pesimista. La crisis de Yugoslavia es sumamente difícil de entender. En su conjunto, el fin del comunismo estuvo acompañado de un mínimo de sentido común, como si el pueblo —igual que en la España posfranquista— estuviera harto de las tragedias del siglo y no quisiera reanimar las guerras civiles o intestinas. La excepción dolorosa es Yugoslavia. ¿Por qué Yugoslavia se revela como un extraordinario depósito de violencia civil cuando no ocurrió lo mismo en Checoslovaquia, cuando el conflicto rumano está bajo control y cuando el conflicto ucraniano-ruso —al menos hasta ahora— no ha provocado a violencias militares? Es algo que no resulta claro. En el horizonte de las tres pasiones que surgen en el fin del comunismo (la del bienestar, la nacional y la de la libertad), Europa ha demostrado, en la crisis yugoeslava, lo que de verdad es: una construcción jurídico-económica que no administra más que el mundo de las transacciones económicas y los intercambios financieros. Es el mundo de Adam Smith el que administra la construcción europea, y carece por tanto de una voluntad política. En el fondo se trata de una inmensa legislación económico-jurídica que se sobrepone a las legislaciones nacionales y que plantea el gran problema de que dicha legislación carece de fuentes visibles en la soberanía popular. Es la primera vez en la historia europea que se solicita al pueblo que obedezca a unos reglamentos que no sabe quién los escribió ni dónde se encuentra en ellos su propia voluntad. Y esta confusión se hace evidente en el caso de Bosnia, como quedó demostrado: los alemanes eran pro croatas, los franceses pro serbios, el canciller Kohl cometió la imprudencia de reconocer a Croacia demasiado rápido y esto llevó a Mitterrand a inclinarse del lado serbio... Y, en realidad, allí nadie quiere intervenir porque se sabe que el precio es elevadísimo. □

*Los acuerdos a que han llegado recientemente el Estado de Israel y la Organización para la Liberación de Palestina pueden ser el principio de la solución de un conflicto que durante la mayor parte de la segunda mitad de este siglo ha sido fuente de tensiones políticas complejas y enfrentamientos militares sangrientos. Desde el principio nos hemos manifestado en favor de una solución pacífica. En su discurso al recibir el Premio Internacional Jerusalén, en abril de 1977, Octavio Paz escribió que "La reunificación de Jerusalén no es ni puede ser un obstáculo para que se encuentre una solución justa y pacífica que ponga fin al conflicto que desgarró a esta parte del mundo. Una solución en la que tengan cabida las legítimas aspiraciones de los distintos pueblos y comunidades, sin excluir naturalmente a las de los palestinos..." Más tarde, en Tiempo nublado, Paz insistió en que "La solución no puede ser militar sino política y debe fundarse en el único principio que, simultáneamente, garantiza la paz y la justicia: los palestinos tienen derecho, como los judíos, a una patria." Las últimas negociaciones han tomado ese camino.*